
Una Mañana

Gabriel Miró

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6406

Título: Una Mañana

Autor: Gabriel Miró

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de enero de 2021

Fecha de modificación: 27 de enero de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Una Mañana

Salió Sigüenza por la orilla de los muelles.

Era una mañana inmensa de oro. Lejos, encima del mar, el cielo estaba blanco, como encandecido de tanta lumbre, y las paradas aguas, que de tiempo en tiempo hacían una blanda palpitación, ofrecían el sol infinitamente roto. Si pasaba una lancha, silenciosa y frágil, los remos, al emerger, desgranaban una espuma de luz.

Gritaban las gaviotas delirantes de alegría y de azul. Y en las viejas barcas de carga, los gorriones picaban el trigo y el maíz desbordado de los costales, y luego saltaban por la proa, dejando en la marina una impresión aldeana muy rara y graciosa.

Bajo las palmeras paseaban los enfermos, los ociosos, los que llegan de las tierras altas, hoscas y frías, buscando la delicia del templado suelo alicantino.

Olía el puerto a gentes de trabajo, a dinero y maderas, a vapores, a Mediterráneo, y traspasaba todas las emanaciones una fuerte y encendida, como un olor de sol, de semillas, de vida jugosa y apretada.

De todos los barcos escogió Sigüenza para mirar un vapor negro, ancho, gordo, reluciente en su misma negrura; el hierro de sus costados tenía arrugas, tacto, substancia de piel etiópica. Respiraba un hondo hervor de máquinas. Sus grúas eran palpos gigantescos que se torcían sobre la tierra; bajaban sus cadenas oxidadas, y con dos uñas terribles se llevaban cuévanos de hortalizas a las entrañas de las bodegas.

Constantemente venían carros de cestos de fruta, y el muelle era una granja en llenura venturosa.

Entre las gentes que faenaban destacaba un hombre rollizo, cebado, de color quebrada de enfermo del hígado; en sus manos, cuajadas de sortijas, aleteaba un papel donde iba anotando la carga que se engullía el

vientre del vapor. Gritaba enfurecido, y miraba a todos, a Sigüenza también, con orgullo y desconfianza.

Una mocita flaca, alta, casi rapada, como una esclava, le llenaba, de tiempo en tiempo, un vaso de leche. Bebía vorazmente el fenicio, y sus labios frágiles quedaban blancos de espuma como una peña de playa, y después se los iba lavando con su ancha lengua.

...Dentro de las claras aguas se veía todo el barco: la hélice dormida, el timón, tan enorme, dulcemente doblado... El barco negro, viejo, gordo participaba de la levedad y hermosura de la mañana del Mediterráneo, y ostentaba una sencilla y humana gentileza; y este hombre craso, porque cargaba unos pobres cuévanos de frutas, tenía la pesadez de un vapor, y porque le resplandecían sus dedos enjorjados manifestaba la hermética soberanía de un ídolo cartaginés. ¡Oh fuerza deslumbradora de la tierra levantina!

Entonces reparó Sigüenza en un hombrecito que estaba mirando el bullicio del puerto.

Este hombrecito era un archivero bibliotecario, amarillento, crispado como una edición de 1670, que traía un gabán corto, encogido, de color de pasa, de 1870, botas de elástico blando y bastoncito de puño redondo de hueso. Este humanado anacronismo acogió a Sigüenza preguntándole por cosas y trabajos de antaño. ¡Oh, pasmaba la ingenuidad y mansedumbre de ese erudito que sabía más de seis lenguas muertas y siempre infería relaciones de cualquier menudo hecho de ahora con los sabios textos de *El Mahabarata* y *El Ramayana*! Y siempre moderadísimo, helado de palabra, muy tímido, con su gabán ralo, motilón hasta vérselo cabalmente su urdimbre. Varón socrático, limpio de todo pecado de vanidad. ¡Qué contraste —pensaba Sigüenza— entre el buen archivero y el buen cargador de hortalizas, siendo entrambos levantinos!

Cuando regresaron por el paseo de las palmeras, el humilde caballero dijo calándose los anteojos:

—¡Aquí tiene usted a los invernantes!... No puedo negar que siento grandísimo enojo contra alguno de esos señores...

¡Enojado este hombre sabio, en cuyo ánimo no hizo morada la iracundia ni la alegría, y nunca tuvo exaltaciones ni alharacas! ¡Y enojado contra los

invernantes!

Sigüenza se lo dijo. ¿Qué agravios pudo recibir de esas gentes tan bien criadas, tan bien vestidas, que les miraban a ellos los pobretes, los indígenas, que no invernaban aunque se hallasen en la ciudad invernal, y aun precisamente por eso, que les miraban sin ocultar su aburrimiento?

—¡Aburrimiento, aburrimiento! ¡Esa era una palabra gollera que equivalía a un insulto!

Y se detuvo el archivero; quedó enigmático como una inscripción cuneiforme. Y de súbito exclamó:

—¡Dicen que no es posible venir a nuestro pueblo porque no encuentran elegancia, fastuosidad, ruido, diversiones! ¿Para qué nos buscan? ¿Qué quieren? ¿Serenidad de cielo, azul, siempre azul; un sol de oro, fuerte, generoso? ¿Necesitan mucho sol? Pues eso les damos: ¡nuestro sol, todo el sol que quieran!

Sigüenza estaba espantado de la transfiguración del hombrecito.

¡Poderosa mañana levantina y cómo penetras en todos los corazones! ¡Qué importaba que un rudo y codicioso mercader de hortalizas se tuviera por grande y fuerte como un vapor, si un bibliotecario lugareño, templado por la sabiduría y humildad, cuando sentía el encendido prurito de nuestro levante llegaba a creer que repartía todo el sol escondido bajo su piel de edición de 1670 o guardado en las mustias faltriqueras de su gabán color de pasa, de 1870!...

Gabriel Miró



Gabriel Miró Ferrer (Alicante, 28 de julio de 1879-Madrid, 27 de mayo de 1931) fue un escritor español, encuadrado habitualmente en la llamada generación del 14 o el novecentismo.

En 1911 le nombraron cronista de la provincia de Alicante. Desde 1914 anduvo empleado en la Diputación de Barcelona, donde se trasladó a vivir. Allí dirigió una Enciclopedia sagrada para la editorial catalana Vecchi & Ramos, proyecto que no se llegó a concluir pero que le satisfizo

íntimamente, y entre 1914 y 1920 colaboró en la prensa barcelonesa: Diario de Barcelona, La Vanguardia y La Publicidad. Conoce allí al editor de muchas de sus novelas, Domenech. Se trasladó a Madrid al ser nombrado en 1920 funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y allí permaneció los últimos diez años de su vida; en 1921 era Secretario de los concursos nacionales de ese mismo ministerio. En 1925 ganó el Premio Mariano de Cavia por su artículo "Huerto de cruces" y en 1927 es propuesto para la Real Academia Española, pero no fue elegido, quizá por el escándalo levantado ante su novela El obispo leproso, considerada anticlerical.

La mayor parte de la crítica considera que la etapa de madurez literaria de Gabriel Miró se inicia con Las cerezas del cementerio (1910), cuya trama desarrolla el trágico amor del hipersensible joven Félix Valdivia por una mujer mayor (Beatriz) y presenta —en una atmósfera de voluptuosidad y de intimismo lírico— los temas del erotismo, la enfermedad y la muerte.

En 1915 publicó El abuelo del rey, novela en la que se relata la historia de tres generaciones en un pueblecito levantino, para presentar, no sin ironía, la pugna entre tradición y progreso y la presión del entorno; pero, ante todo, nos encontramos con una meditación sobre el tiempo.